
Introducción

In memoriam Araceli Ibarra

El primero de los artículos publicados en este número de *Estudios Jaliscienses*, dedicado a la diversidad religiosa en Jalisco, lo escribe Alma Dorantes y versa sobre los protestantes en esta región.

Los congregacionalistas fueron los primeros en llegar, en 1872, seguidos muy pronto por metodistas, episcopales y bautistas. Dos años después, puntualiza la autora, el Arzobispado de Guadalajara prohibió a sus fieles cualquier trato con los protestantes, lo cual causó hacia ellos un gran rechazo y dio lugar a no pocas manifestaciones de intolerancia y agresiones físicas.

Debido a su eficiente trabajo misional y proselitista, y quizá también el apoyo oficial, sus ideas alcanzaron una rápida difusión, a la que contribuyó el descontento social imperante. Los jaliscienses encontraron nuevos caminos en este grupo sólido y bien integrado que ofrecía un mensaje de salvación concreto y un gran respeto al valor individual, cosas que resultan muy confortantes, máxime si se ofrece además un respaldo ante las carencias y angustias del vivir cotidiano.

Algo completamente diferente sucede con la comunidad judía de Guadalajara -cuyo brillante estudio se debe a Cristina Gutiérrez-, pues es resultado de migraciones en pos de mejores horizontes de vida, que se produjeron desde los albores de este siglo.

En este caso, no se trata de una religión que se propague como un mensaje de salvación. Su continuidad se asegura a través de la procreación más que por la conversión, para lo cual mantiene la endogamia y preserva sus tradiciones en el seno familiar.

Entre los rasgos peculiares de los hebreos está también su desapego del suelo. Cuando las tribus de Israel pactaron su unión en el Monte Sinaí para constituirse en una nación, carecían de tierra y no se identificaban con un sitio en especial, sino con ellos mismos. Recordemos que la "tierra prometida" fue una meta psicológica colectiva durante mucho tiempo. De ahí los fuertes lazos familiares y la cohesión de grupo que caracterizan a los judíos. Asimismo, tenemos que aludir el espíritu religioso judío de *mitzvá*, de ayuda y deber, como motivador de este fenómeno.

Las particularidades de las comunidades judías se comprenden mejor al

analizar su cosmogonía: para el judío el mundo no es una prueba de salvación por el dolor. Su *Biblia* les enseña que Dios creó un mundo y “he aquí que es bueno”. El hombre es la figura más noble de la creación, hecho a la imagen y semejanza de Dios, y como tal siente el compromiso de crecer y progresar en todas las formas a su alcance.

La diversidad en el campo religioso no se circunscribe a la creación de alternativas no católicas en nuestra sociedad, sino también al interior de la Iglesia católica. Renée de la Torre revisa la historia de los movimientos laicos al interior del catolicismo, prestando atención a sus vínculos con diversas demandas sociales y políticas a través del siglo, y a su relación con la jerarquía eclesiástica. En este enlace se dibuja una difícil tensión entre una constante búsqueda eclesial de influencia pública y la preservación del carácter apolítico del quehacer religioso católico dentro del *modus vivendi* entre Estado e Iglesia en México, así como el desvanecimiento del límite entre lo moral privado y lo moral público dentro de las particulares militancias seculares.

Por su parte, la Luz del Mundo es una iglesia “transnacional” tapatía, con fuertes reminiscencias pentecostales. Fue fundada en 1940, a raíz de un mandato divino, por Eusebio González de quien se dice que Dios le hizo llamarse Aarón. Su éxito y rápida propagación se debe a que ha sabido responder a las necesidades económicas, religiosas, psicológicas y sociales de sus fieles, seres desposeídos en su mayoría, que encuentran aquí sentido a su vida y soluciones a sus principales problemas vitales. Además de su oferta de salvación, sus nexos de empleo, vivienda, salud, etc., brindan un cierto bienestar, tal como lo señala Patricia Fortuny en su artículo.

Constituye un gran aliciente y alivio para ellos seguir el ejemplo del Hermano Aarón, quien con anterioridad, “al llamado de Dios”, soportó todas las adversidades e injurias confiado en estas palabras del Evangelio: “porque a vosotros os es concedido por Cristo, no solamente creáis sino que padezcáis con El”.

Originalmente, Araceli Ibarra iba a colaborar conmigo en Esta introducción. Su prematura muerte se lo impidió. Ella fue una compañera inseparable con quien compartí, entre otras muchas cosas, el interés por conocer la historia y la pervivencia de las religiones. Juntas emprendimos, hace más de 25 años, el primer estudio de un movimiento protestante, el de la Luz del Mundo precisamente, motivadas e impulsadas por el director de nuestra facultad y de nuestra tesis, el doctor Alberto Ladrón de Guevara, quien estaba muy consciente de la importancia de tener información al respecto.

Para terminar esta “Introducción”, quiero subrayar la trascendente labor que realiza El Colegio de Jalisco en la recuperación, investigación y análisis de asuntos relacionados con nuestra región.

Alisa Lanczyner